

LAS MUJERES EN EL PROGRAMA BRACERO. EL TESTIMONIO DE MARÍA TRINIDAD

VERÓNICA ZAPATA RIVERA

NE Universidad Autónoma de Nuevo León

El Programa Bracero, 1942 a 1964, fue un acuerdo bilateral suscrito entre México y Estados Unidos, que permitió la contratación de mano de obra mexicana para trabajar el campo agrícola estadounidense.¹ Se firmó gracias a la presión que los empresarios agrícolas californianos hicieron en Washington, preocupados por un posible desabasto de mano de obra debido a la migración laboral del campo a la pujante industria bélica de ese país generada por la contingencia de la Segunda Guerra Mundial. El programa pasó por distintas fases de ruptura, renegociación y cambios, pero tuvo características generales que lo definen como un modelo: temporal, masculino, agrícola y legal (Durand, 1998, 2007).

Lo que a continuación se narra es el testimonio de María Trinidad Villaseñor,² esposa de un ex bracero, que con su experiencia muestra que la migración es un acontecimiento del cual no sólo participan las personas que cruzan físicamente la frontera, sino también los que permanecen en el lugar de expulsión, en donde se desarrolla una transformación de los roles y actividades de las familias que viven tal fenómeno.

Ésta es mi casa. Vivimos aquí desde 1990, el mismo año en el que mi esposo y yo nos hicimos ciudadanos de este país. Me gustan mucho las matas, por eso tengo el jardín lleno de plantas que me recuerdan a México, por la alegría, por los colores, por el olor. Aquí también es bonito, y ahora más, porque gracias a la lucha que hemos dado nos hicimos de este hogar, y mal que bien ahí la llevamos. A este país llegué en 1966, pero ésa es una historia bien larga, para contártela te tengo que hablar de muchas personas, de lo que yo vi y de lo que me contaron, de México, de otros tiempos, de los míos y de los de mis

¹ A la par, de 1943 a 1945, se desarrolló el Programa de Braceros Ferroviarios, por el que más de cien mil trabajadores fueron reclutados y contratados en México para trabajar en el mantenimiento de las vías ferroviarias en Estados Unidos (Driscoll, 1996).

² Testimonio recopilado por Verónica Zapata Rivera el 23 de marzo de 2007, en Coachella, California, Estados Unidos.

padres; es una historia que sigue en mis hijos y en los hijos de mis hijos. Es la historia de mi vida.

Mi padre nos dejó cuando yo era muy niña y con mi madre viví muy pocos años. Él era español. Bueno, eso me cuentan, porque casi no lo recuerdo. Dicen que vino huyendo de la guerra y la miseria. Llegó a Tecolotlán, un pueblito de Jalisco. Ahí nací, en 1930, ahí también fue donde conoció a mi madre, cuando él tenía 35 años y ella 15.

Él trabajaba de herrero y joyero, mi mamá no, nomás era ama de casa. Pero muy pronto él agarró el vicio de la *tomadera*, y mi mamá lo dejó. Bueno, en otras palabras, él ya no nos quiso, le dijo a mi mamá que agarrara su camino. No nos quedó de otra que irnos a Guadalajara, porque en el pueblo no había trabajo.

Tenía cinco años cuando me llevaron a esa ciudad; ahí me crié, ahí me casé, ahí nacieron seis de mis siete hijos, hasta que emigré para acá. Llegué con mi madre, mi abuela, mis dos hermanas y dos primos huérfanos de madre y padre, hijos de un tío que mataron porque andaba en la guerra de los cristeros.

Mientras mi madre trabajaba haciendo costuras, lavando ajeno, torteando a mano en una tortillería de esas que se usaban en México, o en lo que podía porque no tuvo educación, mi abuela trabajaba en una casa como sirvienta para ayudar en el gasto familiar.

Yo era la hermana mayor, pero desde muy chica me quedé como hija única, una de mis hermanitas murió de nueve meses y la otra de ocho años. Mi madre ya no pudo tener hijos. Como quedó sola muy joven, se volvió a enamorar de otras personas; ninguno fue un padre para mí, por eso yo vivía con mi abuelita y con mis dos primos. En ese tiempo ya habían muerto mis hermanas.

Recuerdo a mi abuela con mucho cariño, ella era muy amorosa, era india, muy buena persona. Fuimos de muy escasa familia. Mi abuela sólo tuvo a ese hijo que le mataron en la Cristiada, a una hija y a mi madre, que era la más chica, fue hija del último esposo de mi abuela, no lo conocí.

A mi madre la veía raras veces. Ella seguía trabajando y nos pasaba algo de dinero, pero como no nos alcanzaba, mis primos y yo les ayudábamos a las vecinas a limpiar su casa o a lavar los trastes; nuestro pago era con la comida.

Por eso tampoco tuve mucha escuela. Cuando estaba en quinto año de primaria la situación era muy difícil, mi abuela estaba más grande y no podía trabajar como antes, por eso decidimos poner un negocio. Mi abuela se *endrogó* y con ese poquito de dinero pusimos una tienda de abarrotes. Era muy chiquita, teníamos nomas dos, tres cositas, pero así empezamos. Con lo que aprendí en la escuela, yo la atendía, hacía las cuentas y la administraba; en ese entonces ya tenía trece años.

Dos años después, en 1945, conocí a mi esposo. Vivíamos en el mismo barrio, pero él era de Guanajuato y, como yo, había emigrado con su familia a Guadalajara desde muy chico. Tenía poco de haber regresado de Estados Unidos, en donde había estado contratado como bracero. Se fue cuando tenía 18 años. Me cuenta que como no dejaban contratarse sino hasta los 21 años de edad, se hizo pasar

por más grande utilizando papeles de uno de sus hermanos mayores. En ese tiempo el presidente de México era Ávila Camacho y este país necesitaba mucha gente para trabajar el campo porque la mayoría de los americanos estaban en la guerra.

Mi esposo y un hermano de él se fueron a contratar a la capital de México. Los trajeron en un Pulman, un tren de esos bonitos que se usaban en ese entonces. Dice que cuando él vino la primera vez, lo recibieron muy bien. Porque los de aquí estaban advertidos que ellos eran los segundos soldados, su frente era el campo y el tren, venían a levantar el trabajo de los que estaban en la guerra.

Mi esposo vino la primera vez al *traque*, así se le dicen aquí al trabajo en las vías del ferrocarril. Él sabía de eso porque su padre era *rielero* en México. Lo llevaron a trabajar a Nevada, en donde estuvo más de un año, pero como a todos los que venían de trabajadores temporales, lo regresaron inmediatamente después de que terminó su contrato, uno o dos días nomás, no los dejaban estar mucho tiempo, no querían que se quedaran a trabajar de “ilegales” en otras cosas. Ya no volvió sino hasta después de que nos conocimos.

Recuerdo la primera vez que lo vi, fue en una feria que le organizan a un Cristo de un barrio vecino al mío, allá en Guadalajara. Ese día mi abuelita nos había llevado, a mí y a mis primos, a pasear. Esas ferias son muy bonitas, hay mucha fiesta, música y castillos pirotécnicos.

En una de las vueltas me echó una mirada, y como yo se la respondí con todo y sonrisas, se animó a pedirle permiso a mi abuela para poder *noviar* conmigo. Mi abuela aceptó dejarme platicar con él en la puerta de la casa; ahí mismo teníamos la tiendita y, como yo era la encargada, se convirtió en un cliente permanente.

Él tampoco tuvo mucha escuela, trabajaba como garrotero en los mercados, descargaba los trenes que llegaban con maíz y trigo. Por eso ahora está muy malo de su espalda. Desde que lo vi me gustó porque se diferenciaba de los demás, él llevaba ropa muy bonita, su chamarra de cuero y su sombrero de medio lado, todo nuevo, muy diferente de lo que los hombres que no habían ido a Estados Unidos usaban en ese entonces, cuando menos en aquel tiempo; ahora no, ahora ya se visten mejor.

Duramos tres años de novios y nos casamos cuando yo acababa de cumplir los 19. Un año después murió mi abuela, ya había nacido mi hija mayor. Cuando ella tenía 10 meses mi esposo volvió a venir contratado como bracero, pero ahora a trabajar en el campo.

En total se contrató tres veces como bracero: en 1943, cuando yo todavía no lo conocía, en 1950 y en 1953, ése fue su último contrato, yo ya tenía dos hijas y pocos meses de embarazo. Después de ese año siguió viniendo a trabajar, pero de *alambre*, así les decían a los que no tenían papeles, y por eso tardaba más tiempo en regresar a México. Estaba aquí como un año y regresaba por unos meses, luego se volvía a venir, y así estaba. Con nosotros pasaba muy poquito tiempo, o sea que nomás iba y me embarazaba y se volvía a regresar; así fue esa parte de mi vida.

Después de que tuve a mi segunda hija, cuando él todavía trabajaba como bracero, me animó a estudiar corte y confección, y como a mí me gustaba coser pues acepté. Mientras estuve estudiando, mi suegra me ayudaba a cuidar a mis hijas. Fue una mujer muy buena y solidaria conmigo, me acompañó mientras estuve sola. Me gradué. Tengo mi máquina y todo, pero ahora ya no hago nada, ya me he hecho muy floja.

Estudiar costura me sirvió mucho porque, cuando los hombres se vienen a trabajar a este país, se vuelan y no le mandan suficiente dinero a uno, ahí nomas lo que les sobra, y mi esposo también tomaba mucho, no le ajustaba el dinero para sus vicios y para su familia, por eso me puse a trabajar, cosía ajeno, y por mi cuenta hacía vestidos de niña chiquita, de cuatro o cinco años, y los vendíamos en la calle; mi diploma y mi habilidad siempre me respaldaron.

También trabajé con una comadre, madrina de mi único hijo varón, que tenía un negocio de comida. Los domingos ella preparaba comida que le pedían por encargo para unas tiendas grandes y yo iba y le cocinaba a sus *gentes*, les hacía sus antojos. Ésas fueron las maneras de ayudarme.

Sobre todo porque después de que mi esposo *arregló* sus papeles ya no regresó a México. El esposo de mi mamá lo ayudó. Ella se había ido a trabajar a Tijuana, allí conoció a un ciudadano americano con el que se juntó, ése fue su último hombre. A ella también le *arregló*, por eso mi madre tenía pasaporte local; pero siempre vivieron en Tijuana.

Antes de irse para ya no regresar estuvo tres meses con nosotros: llegó en noviembre de 1960 y se fue el 24 de febrero del otro año, el Día de la Bandera, por eso me acuerdo. Fue a conocer a mi hija recién nacida y se devolvió para acá, pero ya no regresó. Poco a poco se fue despegando de nosotros. Me escribía muy de vez en cuando y me mandaba lo que le sobraba —bueno, eso digo yo—, algunos cheques de ocho o diez dólares, cada mes o dos meses, y con eso pues no comíamos, por eso trabajé. Bueno, siempre he trabajado, desde los ocho años cuando le ayudaba a las vecinas.

A mi madre no le conté mi situación, no le quería dar preocupaciones. Además, como no me crié con ella pues no le tenía mucha confianza; la que sí sabía todo porque vivía conmigo fue mi suegra, fue muy buena mujer, aquí murió con nosotros. Ella me animó a venirme a vivir a Estados Unidos.

Me alentó a buscarlo porque habían pasado cuatro años y él nomas no nos hacía caso. Yo le decía que nos llevara con él porque mis hijas mayores ya andaban *noviando* y lo necesitaban; no quería porque decía que la pasada estaba muy difícil. Yo le proponía que nos llevara a Tijuana y de ahí intentaríamos cruzar. Nunca quiso, dijo que era como llevar carne a los lobos. Me decía que Tijuana era un lugar de perdición para las mujeres. Después comprobé que no era cierto, eso depende de cada una.

Como éramos ocho de familia, contando a mi suegra, tuvimos que hacer el viaje por partes. Fue en 1964 cuando *tiré el albur*. Decidimos llegar a Tijuana por-

que allá vivía mi madre y ella nos podía recibir; las primeras en irse fueron mi suegra y mis dos muchachas más grandes, una de 15 y otra de 13 años; nosotros nos tuvimos que quedar porque no me alcanzó el dinero para el pasaje, lo que junté fue gracias a la venta de unos animales que tenía.

Con el resto de mis hijos llegué a Tijuana casi un año después, en septiembre de 1965. El dinero lo conseguimos esta vez con la venta de mi máquina de coser, era de pedal y mi mamá me la había regalado. Mi madre y yo no pudimos convivir mucho, yo viajé en septiembre y ella se regresó a Guadalajara en noviembre, así que nunca pudimos estar mucho tiempo juntas.

Mi suegra me guardó el secreto, por eso mi esposo no se enteró de nada hasta que le escribí para decirle que nos habíamos ido a vivir a Tijuana. Le dije dónde nos podía encontrar y que él vería lo que hacía, yo ya estaba ahí y no me pensaba regresar.

En ese tiempo él vivía en un hotel en Mexicali, pero trabajaba como lechuguero en Caléxico, gracias a los papeles que tenía podía cruzar por la garita sin ningún problema, ir y venir a diario: trabajaba en Estados Unidos y dormía en México. Yo busqué trabajo en Tijuana, pero desde que se enteró que estábamos en la frontera no dejó de enviar dinero semanalmente.

Después de cinco años nos volvimos a ver el 25 de diciembre, teníamos la intención de celebrar la noche buena, pero él se perdió y anduvo dando vueltas toda la noche, hasta que en la mañana un vecino al que le preguntó por el domicilio lo llevó a la casa. Yo creo que le pensaba para llegar, siempre había pasado su tiempcito.

Se sorprendió mucho de lo grandes que estaban los hijos, la niña de cinco años no lo conocía porque se dejaron de ver cuando ella tenía muy pocos meses. Cuando los hombres están acá no se dan cuenta de cómo pasa el tiempo, los hijos crecen y ellos los piensan como eran cuando los dejaron de ver.

Iba cada semana a visitarnos, pero como mi hija mayor ya andaba *noviando* con un muchacho que decían tenía vicios, pues él decidió arreglarnos los papeles. Pero como no ganaba lo suficiente para que nos fuéramos todos, nos arregló primero a mí y a mis tres hijas mayores; las otras tres se quedaron en Tijuana con mi suegra.

La primera vez que fui a Estados Unidos tenía 36 años, era 1966. Llegamos a vivir a Stockton, en California. Y en 1967 nació mi última hija, ella desde el principio fue americana. Yo me imaginaba Estados Unidos otra cosa diferente, vamos diciendo, como el cielo y la tierra, y cuando me vine se me cayeron las alas del corazón, yo venía de una ciudad tan hermosa y no sabía nada del campo.

En lo primero que trabajé fue en la pizca de la *cherry*, mis hijas también nos ayudaban, y ni yo ni ellas sabíamos nada de ese trabajo. Nos atravesábamos la escalera en el pescuezo y luego los árboles grandísimos, las escaleras grandes y paradas, sufrimos mucho, fue una experiencia muy pesada. Pero nos tuvimos que hacer el ánimo, no nos quedaba de otra si queríamos estar con mi esposo.

Al principio la convivencia con él fue difícil. Tomaba mucho y yo no hallaba cómo complacerlo. Ya había estado mucho tiempo solo y no nos aceptaba muy bien, tiene un carácter fuerte, de por sí así había sido toda su vida. A Tijuana tratábamos de ir seguido a visitar a las hijas y a mi suegra, mis hijas allá estudiaban y su abuela las cuidaba, quería mucho a todos mis hijos, fue con ellos como mi abuela para conmigo.

Para poder traer al resto de la familia trabajamos mucho, mis hijas que se vinieron con nosotros nos ayudaron a juntar el dinero. Con ellas el trámite fue más complicado; nosotros no batallamos tanto, metimos los papeles y tardamos menos de un año en emigrarnos. Con ellas la cosa fue distinta, el trámite tardó dos años, se arregló todo hasta 1968, tres veces me regresaron los papeles, no faltaba pretexto que me pusiera el cónsul, ya me pedía una cosa, ya me pedía otra.

Nuestro trabajo siempre fue en el campo. De Stockton nos íbamos a Somerton, en Arizona, ese lugar me pareció muy feo, mi esposo trabajaba en la lechuga en el centro, cerca de Caléxico, luego se iba a Nuevo México, todo eso caminaba, mientras mis hijas y yo andábamos juntas, nos quedábamos en Somerton en la pizca del limón, la naranja, la toronja, y luego ya regresaba mi esposo; no duraba mucho, como mes y medio, y antes de que comenzara mayo regresábamos a Stockton a la pizca de la *cherry*. Cuando terminaba la temporada, nos íbamos a Oregón, luego a Washington y así andábamos de un lugar a otro, siguiendo la temporada de cada producto del campo, ya fuera el durazno, la cebollita, el olivo, tratando de ir de vez en cuando a echarle sus vueltas a las hijas en Tijuana.

Aunque yo no tenía experiencia en el campo, no batallé mucho para darme cuenta de lo mal que nos trataban. No teníamos seguro médico ni de desempleo, no había servicios sanitarios para los trabajadores en el campo, hacíamos el trabajo de *desabije* con azadón corto, y para acabarla nos pagaban 75 centavos la hora en 1966, por ahí así. Cuando estábamos en Stockton escuchamos hablar de una asociación que ayudaba mucho a la gente como nosotros. Y como yo estaba con los trámites de la emigración de mis hijas y andaba buscando un lugar en donde me ayudaran y no me cobraran mucho, porque no teníamos dinero, fui de metiche y me hice miembro de la organización, entonces jalé a mi esposo y a toda la familia, nos hicimos miembros de la Unión de Campesinos de César Chávez.

En ese entonces apenas la andaban organizando, y entre los beneficios que teníamos estaba un plan de defunción de dos mil dólares, del que nosotros pagábamos 10 dólares por todo el año. Como yo no sabía inglés –y pos ni sé todavía, he hecho decidía para aprenderlo, y como se me fue el tiempo en trabajar...–, ellos me ayudaron con la traducción y el llenado de los documentos de migración de mis hijas; en este país en donde por todo se cobra, ellos me ayudaron mucho.

En 1970 caí a Indio, aquí en California. Por más de 20 años vivimos en un campo de gobierno para campesinos donde las rentas se supone son más bajas. Según el mes que fuera, seguíamos saliendo a otros lugares detrás de las temporadas agrícolas. Ahí ya vivíamos toda la familia, todos estábamos emigrados, menos

mi suegra, a ella no le pudimos arreglar porque estaba enferma de la alta presión y me ponían muchas trabas, pero la traíamos con permisos que le renovábamos y casi siempre estuvo aquí con nosotros, aquí murió conmigo. Nosotros nos íbamos y ella se quedaba a cuidar a las hijas más chicas, las que iban a la escuela.

Esas casitas eran de lámina de cartón corrugado, todo se escuchaba. Nosotros les decíamos acordeones. En ese campo vivían trabajadores temporales que como nosotros andaban de un lado a otro. Nos daban dos casitas porque ya traía yo a todos mis hijos, éramos un montón. Por las dos nos cobraban 25 dólares de renta por semana. De día cocinábamos en una de ellas, pero en la noche teníamos que acomodarnos a dormir en las dos porque en una sola no cabíamos. Cuando recién llegamos, un niño de unos once años andaba en su bicicleta, se destancho y chocó contra la casa. Eran de a tiro frágiles, la rompió y llegó hasta el interior. Al tiempo cambiaron esas casas de cartón por unas cabinas de madera, ya un poquito más grandecitas y con menos corrientes de aire.

Antes de establecernos ahí, vivimos en otro campo de trabajadores temporales en Stockton, pero cuando se trataba de ir detrás de las temporadas nos íbamos toda la familia, así quisimos hacer cuando llegamos a Indio, pero las hijas menores —de 11, 10 y 9 años— se querían establecer en un lugar, ya no querían andar con nosotros de arriba para abajo, ellas querían *agarrar* sus clases y estar desde el principio en la escuela. Gracias a Dios y a la ayuda de la Unión Campesina ellas fueron a la universidad.

En ese año que nos establecimos en Indio, también nos unimos a la huelga de César Chávez, lo hicimos porque los empleadores nunca nos quisieron dar beneficios, había mucha injusticia para los trabajadores del campo, por eso nos fuimos a la lucha.

Anduvimos mucho tiempo en la Unión de Campesinos, aquí se ganó la huelga en el '70, también anduvimos en la huelga del '73, en ese entonces estalló porque los rancheros hicieron *tablas* los acuerdos de beneficios para los empleados que había negociado la Unión y terminaron ilegalmente todos sus contratos, sólo dos compañías los mantuvieron. Aunque nosotros estábamos en una de esas compañías, salimos a la huelga, había que apoyar a los compañeros, por eso nos salimos con un permiso especial y fuimos a ayudarles, estuvimos toda la huelga, hasta artistas nos hicimos, salimos en una película que hicieron sobre la lucha.

Peleábamos por la vida, eso hacíamos, no estábamos ahí por capricho, o por andar siguiendo a César; estábamos con él porque creíamos en lo que él decía y hacía, además nosotros vivimos ese maltrato porque trabajábamos en el campo antes y después de luchar por los derechos de las gentes, y pudimos ver la diferencia.

Antes en el campo no había servicios sanitarios, no había agua, uno de los rancheros que nos tocó le decían *Latigazo*, nos traía con unos azadones cortitos, en unos *files* que a mí se me hacían eternos, empezábamos en una punta con un *troque* en donde tomábamos agua, y nos esperaba en la otra punta; hacía un calorón

tremendo, con cualquier levantadita que se daba uno para descansar, se quedaba uno bien atrás, y es que nos traían en competencias, por eso a uno le daba pena quedarse rezagado de los demás, por eso uno intentaba ir al parejo.

La lucha fue una gran satisfacción porque peleamos por nuestros derechos. Fue muy tremenda, muy pesada, hubo golpeados, detenidos, a nosotros nos arrestaron cuando menos cuatro veces. A mi esposo, a mi hijo, a dos de mis hijas y a mí. A una me la arrastraron de los cabellos en la cárcel porque no quiso poner sus huellas digitales, la policía nos trató muy mal porque estaba de acuerdo con los patronos.

Aunque ahora la Unión no hace el trabajo que César Chávez hacía, yo me siento con mucho orgullo de que los beneficios los están agarrando muchos aunque no sepan de qué sacrificios vinieron, sin embargo, ahora todavía hay mucha gente que está batallando porque no saben sus derechos, porque son ilegales y tienen miedo de hablar y exigir, pero ya tienen derecho a agarrar desempleo, servicios sanitarios. Eso se consiguió, que hubiera servicios legales para la gente.

Ahora estamos en esta nueva lucha, esperando que a mi esposo le regresen el 10% que le descontaron de su salario mientras trabajó como bracero. Yo ya no creo en ningún gobierno. México dice que el dinero lo tiene Estados Unidos y acá dicen que lo tienen en México, nomás se están cobijando con la misma cobija. Yo antes creía mucho en el gobierno de aquí, pero ya no le tengo confianza, son igual de baquetones, ya ve el Bush, todas las *baquetonadas* que está haciendo, llevarse tanta gente ilegal a la guerra con la promesa de la ciudadanía, ¡y nada!, regresan locos, o mutilados. ¡Puras mentiras!

Yo dejé de trabajar en el 2002. Mi último empleo fue en la uva, renuncié porque a mi esposo le detectaron cáncer de próstata y ahora lo cuido. Pero bueno, hemos logrado cosas, mis hijas se acomodaron, dos están en Sacramento en el Departamento de Trabajo; la mayor trabaja en Visalia, ella sabe poco inglés, y hasta nietos tiene; la segunda estudió para profesora. Mi hijo sigue en el campo, y así, ahí andan las hijas repartidas, sólo la menor vive con nosotros, en esta casa de Coachella a la que llegamos en los noventa. La pudimos construir porque nos apuntamos en un proyecto de un programa de gobierno. La hicimos gracias a la ayuda colectiva, nos juntamos siete familias de bajos ingresos y entre nosotros las construimos, con nuestras propias manos, como el trabajo que toda la vida hemos hecho en este país, como esas flores que sembré, esas que me huelen a las plazas de Guadalajara. ■

› BIBLIOGRAFÍA

- Driscoll, Bárbara (1996). *Me voy pa' Pensilvania por no andar en la vagancia*. México: CISAN/UNAM/Conaculta.
- Durand, Jorge (1998). *Política, modelos y patrón migratorios. El trabajo y los trabajadores mexicanos en Estados Unidos*. México: Colsan.
- (2007). *Programas de trabajadores temporales. Evaluación y análisis del caso mexicano*. México: Conapo/Segob.